
racò de poesia

Tu pequeña mirada
hace esquivar la mía.
La gran pureza que asoma a tus ojos,
es como una mar en calma
es como una sombra de nieve,
con vestido de fiesta y plata.
Tu cuerpo parece partirse en mil pedazos
pues no tiene capacidad para encerrar
ese gran corazón de pequeña mujer.
Yo iba con intención de montar
una yegüa aún no domada,
de galopar con ella, allá a la más
infinita esfera;
quise sentir la lozanía y tersitud de
tus senos, acariciados
por mis sueños.
Yo quise hacerte daño con un dolor
inolvidable de placer, y no pude.
Salió a mi encuentro tu mano
dándome mares eternos de cariño
y amistad con la palabra.
Y salió tu pecho a tu boca
y abrazó mis sentimientos,
transformándonos, en algo más
que un juego de locos,
en algo más que un galopar de potros,
en algo más que las palabras,
en un amor que se tiñó de eternidad
al conocernos.
Quise introducirte en una noche,
sin mirar en mis adentros.
Quise destrozar tu vida,
sólo por unos momentos.
Pero enseñaste tu palabra,
enseñaste la desnudez de tu pureza,
derramándose en tu adentro,
y tus ojos tan pequeños,
superaron hasta el sol,
haciéndome quedar ciego.
Hoy lloro amargamente aquella idea,
hoy para poder verte,
sólo he de cerrar los ojos.
Hoy confirmo en mí, una amistad
de almendros rosas e inmensos campos de loto.
Si vieras como lloro,
cuando canta fuerte la pequeñez del ruiseñor
tan pequeño allá en el árbol;
te recuerdo tan pequeña...
como la estrella lejana
que guiña con ojos de vida,
que guiña con ojos de alma,
y el corazón de un poeta,
anega en aguas su mirada.

Rafael

